



Revista de Fomento Social, 48 (1993), 125-133

Espacios de libertad ante lo económico

Ante el determinismo de las estructuras económicas, el autor, famoso investigador de la Economía Social, reflexiona sobre los márgenes de actuación que dispone el hombre a nivel individual, macroeconómico y asociativo. Se trata de una conferencia pronunciada en el Centenario de los Congresos Sociales de Lieja, 13 de octubre de 1990, y que hemos traducido^() íntegramente.*

*Jacques DEFURNY (**)*

Introducción

El mundo, en sus realidades socio-económicas, aparece infinitamente complejo. Además, un cierto número de evoluciones económicas parecen casi irreversibles. Es verdad que la economía está hecha de una serie de engranajes, y que muchos de ellos funcionan de una manera prácticamente determinista: un cambio de un parámetro de-

(*) Traducción realizada por el Prof. José Juan Romero Rodríguez. Director de la revista *Anales de la Economía Social, Pública y Cooperativa*.

(**) Profesor de la Universidad de Lieja (Bélgica).

terminado ocasiona casi con certeza tal tipo de consecuencias. Y el hombre, en todo ello, aparece como aplastado o al menos zarandeado por unas estructuras económicas en perpetua mutación, dominadas por unos capitales cada vez más concentrados. Más aún, tiene con frecuencia la sensación de que el movimiento de conjunto, la evolución global de estas estructuras ya no puede ser controlada por ningún poder político, como si el timón de nuestras sociedades se hubiera roto.

Y sin embargo, a pesar de esta complejidad y del carácter irreversible de ciertas evoluciones, a pesar de la amplitud de los desafíos, existen aún importantes espacios de libertad, márgenes de maniobra mayores de lo que se suele creer. Estos espacios de libertad son otros tantos lugares donde se pone en juego nuestra responsabilidad individual y colectiva. Sería posible hacer una larga lista de estos espacios de libertad, pero nosotros hemos resaltado algunos en que los cristianos tienen quizás una responsabilidad especial, en donde pueden aportar o aportan ya de hecho una contribución original. Los espacios de libertad que hemos privilegiado se sitúan en tres niveles:

- en el plano individual de las personas y de sus opciones de conducta;
- en el plano macroeconómico, es decir, a nivel de las evoluciones económicas globales;
- en un nivel intermedio entre los dos anteriores, el de la acción asociativa.

I. Las opciones personales

Ante todo, existen espacios de libertad para nuestros comportamientos individuales que no son despreciables ni anodinos en términos socio-económicos. Además, el hombre moderno, zarandeado, falto de seguridad, tal como lo evocaba antes, ¿no tiene acaso necesidad de encontrarse con personas cuya vida, cuyo comportamiento económico y social sean coherentes, portadores de sentido y de esperanza? Frente a la multiplicidad de los discursos de todas clases, de los mensajes políticos, publicitarios etc., no espera ante todo del cristiano un discurso más, que además tiene el riesgo de chocar con el relativismo dominante. ¿No espera sobre todo una vida que hable por sí misma, una "palabra hecha carne"? En este sentido, nuestro comportamiento personal ante las realidades económicas es el que puede ser un testimonio, aún más, por supuesto, cuando este comportamiento se inscribe en una dinámica comunitaria.

Esta conducta, desde luego, es ante todo el fruto de una vida de fe interior, más en concreto, se traduce en opciones a tomar en los diversos ámbitos socio-económicos, en esos espacios de libertad individual más o menos grande, que están relacionados en particular con nuestra vida de trabajo y con el uso que hacemos de nuestra renta.

a) El trabajo

- *El trabajador puede interrogarse sobre la finalidad de su trabajo.*

¿Aceptaré participar en cualquier clase de producción? A este respecto conviene recordar que la Biblia rechaza la fabricación de ídolos incluso si eso crea puestos de trabajo.

- *El trabajador dispone también de una cierta libertad en cuanto a la eficacia de su trabajo.*

Si el hombre es co-creador con Dios, ¿no debe poner en juego todas sus potencialidades? El empleo de colegas o la contratación de nuevos trabajadores ¿no dependen acaso en parte de la calidad y de la cantidad de los esfuerzos desarrollados por cada individuo?

- *El trabajador es interpelado sobre el ejercicio de su poder.*

El poder, a cualquier nivel, ¿se ejerce al estilo de Cristo que se hace servidor? El lavatorio de los pies (Jn 13, 5) ¿no es una parábola extremadamente fuerte para las relaciones de trabajo?

- *Por último, el trabajador es interpelado sobre el lugar que deja a otras dimensiones de la vida distintas del trabajo.*

El trabajo gratificante o el dinero que el trabajo proporciona ¿no tienden a transformarse ellos mismos en ídolos? ¿Qué tiempo deja el trabajo para la vida familiar, para la participación en la vida de una comunidad eclesial (parroquia, movimiento...), para la oración, la celebración, la contemplación? El séptimo día de la creación y la parábola de los pájaros del cielo ¿no constituyen lecciones importantes de la Escritura sobre el trabajo?

b) La utilización de nuestra renta

- *Podemos ante todo optar en cuanto consumidores.*

El cristiano puede aceptar los modelos propuestos por la sociedad de consumo participando en la carrera del "tener más" o puede intentar dar un testimonio de otros valores mediante una cierta sobriedad, incluso mediante una pobreza libremente aceptada.

- *Tenemos también una cierta libertad en cuanto ahorradores.*

Incluso si generalmente es difícil conocer el uso que los bancos, las empresas, el Estado etc. hacen del ahorro que recogen, todas las colocaciones no son equivalentes en términos de bien común, de relaciones con los países en desarrollo, etc...

También podemos decidir acumular más o menos riquezas, e incluso si se destina a los propios hijos, merece la pena plantearse la cuestión.

- *Por último, están nuestras opciones en cuanto contribuyentes.*

La mayor o menor honestidad fiscal de cada uno es importante para el presupuesto del Estado. La obligación de las economías presupuestarias ligadas a una pérdida de ingresos fiscales puede conducir a los poderes públicos a lanzar trabajadores al paro o a reducir los programas en favor de las categorías más desfavorecidas de la población. A nivel individual, el fraude fiscal aparece con frecuencia como una gota de agua en el mar, pero en el plano colectivo, está cargado de consecuencias (y ello es cierto, sea cual fuere la calidad de los poderes públicos como gestores).

Podrían citarse muchos otros espacios micro-económicos de libertad, aun cuando algunos son más limitados que otros: el del patrón y el del responsable sindical, el del propietario y el del arrendatario, el del vendedor, el del gestor público etc... De hecho, son tan numerosos que la llamada a una ética cristiana en todos estos campos podría ser captada como un camino de permanente culpabilización. Sin embargo, se trata también quizás de un camino de liberación, el que permite al discípulo de Jesucristo estar plenamente "en el mundo sin ser del mundo" (San Pablo).

II. Las evoluciones macro-económicas

Ante todo, hay que reconocer que muchas opciones, muchas decisiones macro-económicas están enormemente condicionadas por el entorno internacional y por unas evoluciones que nos desbordan completamente. Sin embargo, al mismo tiempo, hay que admitir que queda algún lugar para las opciones a tomar, en particular, por los responsables de la política económica, muy particularmente en el terreno de los objetivos que se persiguen. Así, por ejemplo, la búsqueda del pleno empleo puede intentarse con más o menos dinamismo, y se puede incentivar más o menos enérgicamente la contratación de trabajadores poco cualificados, los que forman la mayor parte del paro estructural. Se puede incentivar también más o menos fuertemente el compartir el tiempo de trabajo. La lucha contra la indigencia y la pobreza puede constituir un objetivo más o menos prioritario. La concentración de la riqueza puede ser frenada en mayor o menor medida...

Podríamos citar todavía muchas otras opciones posibles, pero entre los guiones o escenarios del futuro que están en muy buena parte aún por escribir, en los que nuestra responsabilidad colectiva está en juego, vamos a fijarnos en particular en la construcción europea y en las grandes cuestiones que se relacionan con ella.

Esta construcción europea se realizó, al comienzo, a través de una cooperación en algunos ámbitos precisos como el carbón, el acero y la energía atómica, mediante la puesta en marcha de diversas instituciones comunes como la Comisión, el Parlamento europeo etc. así como a través de una política económica para el sector agrario.

En 1985, para relanzar una construcción europea que estaba algo agotada, los doce países miembros tenían la opción entre varios posibles caminos; eligieron la realiza-

ción de un gran mercado interior en el que se eliminarían las barreras aduaneras y los obstáculos ligados a las normas y reglamentaciones nacionales; todo ello con el fin de permitir la libre circulación de bienes, de capitales y de personas teniendo también en perspectiva la realización de la unión monetaria.

Los efectos positivos esperados de este gran mercado son muy conocidos:

- el gran mercado europeo ofrecerá a las empresas posibilidades formidables de desarrollo, puesto que podrán moverse libremente en un espacio económico muy vasto;

- según los estudios de la Comisión, ello debería permitir la creación de cerca de dos millones de nuevos empleos, a pesar de que en un primer periodo serán necesarias algunas reestructuraciones;

- el mercado único debería también lograr que las políticas económicas sean más eficaces;

- por último, dará a Europa un papel más importante, una posición más fuerte en la escena internacional.

Todo ello es muy positivo, pero es importante también preguntarse si podemos contentarnos con una construcción europea que es ante todo económica y financiera. Lo esencial ¿no está en un lugar diferente del gran mercado interior? Quizás podamos reflexionar en los siguientes términos: cuando uno observa todas las operaciones de liberalización económica ligadas a la construcción europea, o la liberalización en marcha en las economías del Este, se puede decir que el sistema de economía de mercado está triunfando y que, en todo caso, le ha ganado la batalla al colectivismo de los sistemas de economía planificada. Pero, más fundamentalmente, ¿no estamos asistiendo al triunfo del mercado sobre el derecho, es decir sobre las reglas y normas que nuestras sociedades se han ido dando para limitar la autonomía de la esfera económica en función de su moral colectiva, de sus valores, de su ética? Ciertamente, muchas legislaciones, muchas reglamentaciones, tienen inconvenientes porque pueden penalizar a las empresas. Pero es importante enmarcar la economía como también se deben encuadrar otras disciplinas (la medicina, la biología etc.).

Ahora bien, en cierto sentido, la realización del gran mercado europeo se parece a una inmensa apuesta sobre una doble evolución. Suprimamos ante todo, toda una serie de reglas que han ido emergiendo en buena parte de la moral colectiva de las sociedades o alineémoslas con las exigencias de los más débiles, con el fin de tener un gran mercado donde el dinamismo económico pueda expresarse más libremente. A continuación los contrapoderes nacerán por sí mismos, las sociedades europeas se darán nuevas normas. El problema es que la sociedad y el derecho van con frecuencia con retraso en relación a lo económico. Europa corre también el riesgo de un periodo de dominación un poco salvaje de la economía. Y sin duda existe el riesgo de que esta gigantesca herramienta de crecimiento económico que actualmente se está constitu-

yendo escape de su control, a la manera de un robot devenido más sutil que su propio inventor...

Además, al lado, o mejor por encima, de la Europa de los valores bursátiles, hay que construir o reforzar la Europa de los valores humanos. Es preciso revivificar el humanismo europeo, para que genere las opciones colectivas, las reglas, las instituciones capaces de poner la Europa económica al servicio del hombre. Es conocido hasta qué punto la tradición judeo-cristiana ha contribuido, junto con otras tradiciones, a forjar a lo largo de los siglos un humanismo que es sin duda la mayor de las riquezas de Europa. Por ello los cristianos tienen sin duda un papel importante que jugar para revivificar este humanismo y para recordar, junto con otros, que toda actividad, toda decisión económica, debe ser juzgada según que contribuya, o no, a promover la dignidad de la persona humana, en particular la de los más débiles, la de los más pobres.

La construcción europea no culminará con éxito sino cuando contribuya a mejorar la suerte de los que hoy están marginados. Quizás sea preciso para lograrlo que se dote de políticas de acompañamiento capaces de reducir los costes sociales de todas las mutaciones que están en marcha y, a medio plazo, de una política fiscal común y de políticas de redistribución de rentas entre individuos y regiones.

Por último, si Europa quiere jugar un gran papel e irradiar más en el concierto de las naciones, ¿no debería ante todo dar ejemplo con iniciativas audaces en favor de los países más pobres del planeta? Este es el problema mayor, tanto por su intensidad (casi siempre una cuestión de vida o muerte a más o menos breve plazo), como por su dimensión (afecta a centenares de millones de seres humanos), como por su duración (sabemos que va a persistir durante mucho tiempo). Si la construcción europea debe generar un nuevo dinamismo económico, una nueva prosperidad para sus miembros, ello implica en la misma medida unas responsabilidades también nuevas, en particular con respecto a los más pobres del planeta.

III. La acción asociativa

He evocado al principio los espacios de libertad que existen para nuestros comportamientos socio-económicos personales. Por otro lado, acabamos de ver algunos de los desafíos macroeconómicos ligados a la construcción europea, pero que pueden aparecer en gran medida, fuera de nuestro alcance, o no lo bastante precisos y concretos. Entre estos dos niveles, veamos ahora un tercero en el que existen espacios de libertad que comprometen a la vez una opción personal y una acción colectiva. Es toda la esfera de lo que podríamos llamar el sector de la economía social.

La economía social es de alguna manera el tercer sector de nuestras economías, el tercer sector en el que pueden catalogarse lo esencial de las actividades económicas

o socio-económicas que no pertenecen ni al sector privado clásico ni al sector público. Es un conjunto bastante heterogéneo donde se acostumbra ubicar a la vez las empresas cooperativas que persiguen verdaderamente un ideal cooperativo, las sociedades mutualistas y sus múltiples actividades médico-sociales y, en fin y sobre todo, el conjunto de asociaciones sin fin lucrativo o asociaciones de hecho, que tienen una cierta relevancia económica, es decir, que producen bienes o servicios en el ámbito social, cultural, de formación, de ocio etc. También entran aquí las asociaciones "de compensaciones sociales", las Organizaciones no gubernamentales (O.N.G.'s) de cooperación al desarrollo, las empresas de aprendizaje profesional, las casas de la juventud, los talleres protegidos, los movimientos juveniles, etc. etc.

Lo que pueden tener de común todas estas actividades cooperativas, mutualistas y asociativas para justificar una apelación de "tercer sector" es el hecho de que no tienen como objetivo principal el lucro sino más bien el servicio a sus miembros y a colectivos más amplios y, a la vez, el hecho de que emanan de la iniciativa privada y no de la iniciativa pública. Además, tienden a funcionar de manera democrática en la medida en que la adhesión y la participación de los miembros no se deriva principalmente de la propiedad de un capital.

¿Existen verdaderamente implicaciones y opciones económicas en este sector? ¿No se trata más bien ante todo de una actividad caritativa, de acciones socioculturales subsidiadas y benévolas, en dos palabras, de nada serio desde la perspectiva de los economistas? Todo lo contrario: conviene caer en la cuenta de la importancia económica de este sector y de las asociaciones en particular. Tanto por los recursos humanos y financieros que movilizan, como por los servicios que prestan, participan muy ampliamente en la producción y en la distribución de riqueza. Son fundamentales para el bienestar de nuestras sociedades. Es cierto que muchas de sus actividades están subsidiadas porque las asociaciones de las que hablamos no pueden con frecuencia pagar sus servicios a un precio que cubra sus costes. ¿Pero acaso por ello deben ser menos consideradas? En absoluto. Porque una actividad sea no-mercantil o semi-mercantil no por ello tiene menos importancia.

Por otro lado, cuando se intenta medir el peso de este tercer sector, se constata que -por poner el ejemplo que conocemos mejor- en Valonia representa alrededor de 80.000 empleos remunerados, sin contar la enorme cantidad de voluntarios benévolos que sólo este sector es capaz de movilizar. Se ha calculado que el trabajo voluntario representaba en número de horas trabajadas, el equivalente de otros casi 40.000 empleos a tiempo completo. La toma de conciencia de esta importancia económica y social conduce progresivamente a la Comunidad Europea y, en nuestro caso, en Bélgica, al ejecutivo valón, a reconocer la existencia a todos los efectos de este tercer sector, aunque aún quede mucho camino por recorrer.

Pero ¿por qué insistir aquí en este sector de la economía social? Porque los

cristianos está muy presentes en el mundo asociativo y porque no tienen bastante conciencia de las implicaciones globales de la economía social, más allá de las actividades concretas en las que participan, y más allá de una visión muy fragmentada del conjunto del sector.

* En primer lugar, *la economía social es una respuesta concreta y constructiva a la crisis del Estado Providencia*, aunque dicha respuesta sea sólo parcial y aunque no pueda justificar una creciente inhibición de los poderes públicos en la asunción de sus obligaciones con respecto a los problemas sociales.

* *La economía social es también un instrumento de lucha contra la dualización de la sociedad*, porque la acción asociativa produce muchos servicios muy útiles para los más desprovistos, pero también porque produce lo que los sociólogos llaman la "religación", la integración en una vida social local. En este sentido, la acción asociativa está con frecuencia en línea con lo que Emmanuel Mounier llamaba el "personalismo comunitario".

* *La economía social sigue siendo un lugar en donde la cuestión del sentido, de la finalidad de la actividad económica está integrada en la misma actividad, donde lo ético domina e ilumina lo económico*. Es precisamente esta preocupación ética quien hace que el sector de la economía social sea prácticamente el único que puede movilizar el trabajo voluntario. El voluntariado, en el fondo, es un trabajo para el que no se exige una remuneración monetaria porque en sí mismo es portador de sentido, procura sentido a la vida.

* *La economía social es también un lugar donde se experimenta el reparto del poder*, sea en las asociaciones, sea en las verdaderas cooperativas, donde la regla es un hombre-un voto y no una acción-un voto. A la democracia política se ha llegado después de largas luchas. ¿No habría que inventar una democracia económica ya que el reparto del poder económico se parece todavía demasiado a un sufragio censitario?

* En fin, en una época en que la muerte de las ideologías ha sido decretada y en que los países del Este parecen fascinados por el liberalismo económico, no es anodino que en Occidente *un sector intente afirmar la posibilidad de conciliar los valores de libertad y solidaridad mediante unas socializaciones voluntarias*.

Pero es que además, en el marco de este centenario, es bueno recordar siguiendo al profesor Guérin, que la economía social nació de hecho en el siglo diecinueve, en el encuentro de todas las grandes ideologías de la época, con las asociaciones obreras, las asociaciones de patronazgo, las cooperativas y las sociedades de socorro mutuo, ancestros de nuestras mutuas. También se puede recordar que aquí, en Lieja, alrededor de 1890, nacieron las primeras cooperativas cristianas bajo la impulsión del abbé Pottier, uno de los animadores de los Congresos sociales de Lieja.

Sin embargo, con ocasión de los Congresos sociales, sobre todo el de 1890, muchos delegados no habían querido seguir al abbé Pottier en su voluntad de fomentar la

naciente economía social en sus formas más valientes. De hecho, el abbé Pottier se había adelantado a su tiempo, pero no tuvo miedo de ir contra corriente con respecto a ciertas ideas dominantes de la época.

¿No deberían acaso también los cristianos de hoy adelantarse a su tiempo por la esperanza, de la que dan testimonio, aún al precio de ser por sus comportamientos y sus compromisos signos de contradicción en el corazón del mundo moderno?